

de él se hablase en el mundo entero. De su traza y ejecución, previas reñidas oposiciones, se encargó el maestro mayor de la ciudad, que era el Jurado Juan de Oviedo, aquel famoso arquitecto é ingeniero militar á quien debió Sevilla las obras más importantes de su época, la construcción del Matadero, el reparo de los Caños de Carmona y otras edificaciones, y Cádiz las famosas fortalezas, del Puntal y Matagorda. Hicieron las estatuas del túmulo el escultor del sentimiento Juan Martínez Montañés y su compañero Gaspar Núñez Delgado: las pinturas Francisco Pacheco, Juan de Salcedo y Alonso Vázquez Perea. El 24 de Noviembre comenzaron los funerales. Al día siguiente en la misa, por una cuestión de etiqueta, disputaron la Audiencia y la Inquisición, se quedó la misa á medias y fué preciso concluir de celebrarla en la sacristía. Entre la algazara y rechifla de la gente sevillana, se retiraron los sacerdotes, bajó del púlpito el predicador, los señores de la Inquisición se marcharon muy enfurruñados haldeando sus gramallas negras, y los de la Audiencia rezongando entre sus cajés blancos y sus negras garnachas.

El suceso fué la fábula y comidilla de los sevillanos durante unos meses. Estuvo puesto el túmulo y sin celebrarse los funerales hasta fin de año. Todos los días iba la gente á ver si por fin se celebraba ó no la función.

El martes 29 de Diciembre, entró al acaso Cervantes en la iglesia y al ver tantos sevillanos embobados con los preparativos que por fin se hacían para celebrar al día siguiente las honras, miró por centésima vez el monumento y sin poderse contener entre la chacota general, dijo, con valiente entonación aquel soneto que siempre tuvo por honra principal de sus escritos:

¡Voto á Dios, que me espanta esta grandeza  
y que diera un doblón por describilla...

## CAPÍTULO XLII

LA ACADEMIA DE PACHECO.—LOS LIBROS DE CABALLERÍAS  
DON QUIJOTE CRECE.—MUERE ANA FRANCA.—QUAE EST ISTA...

El pintor y poeta Francisco Pacheco, á la verdad, mediano pintor y poeta desapacible, nos dejó en su *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones* una joya valiosísima. Merced á ese peregrino libro conocemos mejor que por ningún dato ni reseña escrita lo que era la sociedad literaria y artística sevillana en los últimos años de Felipe II y primeros de su hijo. Ese libro nos muestra, sin quererlo su autor, cómo en el reinado de Felipe II comenzaron á hacer asiento y á cuajar y á trabarse y á formar una conglomeración sólida y maciza los ingenios de las diversas ciencias y artes. Los ilustres y memorables varones en él retratados constituyen, sin proponérselo ellos, ni su retratista, una Academia con todos los bienes y todos los males á este nombre inherentes.

Hay en ella sujetos de tan marcado temple académico, cual el doctor Luciano de Negrón, todo escuálido, todo blando, tiernos los ojos, tímida la cara, lleno de fingida modestia y de contrahecha bondad y que lo mismo se colaba, sin ruido, en el provisorato de la sede vacante por muerte del cardenal D. Rodrigo de Castro, que asistía con la mayor mansedumbre evangélica á la degradación y ejecución en la horca de dos frailes portugueses, dominico y francisco, á quienes él mismo condenó por complicados en la impostura de Marco Tulio Carsón, que decía ser el rey D. Sebastián perdido en Alcazarquivir: y con esto, grande amigo y corresponsal de los sapientísimos varones Juan Voberio,

Jacobo Gilberto y otros que tales. Hay allí médicos como el doctor Bartolomé Hidalgo de Agüero, discípulo del famoso doctor Cuadra y que después de haber ejercitado veinte años *la vía común*, trepanando, legrado y usando de los hierros conocidos, vió que por tan cruentos medios no se obtenían grandes resultados é inventó modo más suave de curar, "desechó los instrumentos y medicinas fuertes, los digestivos y farmacos húmedos y usó en su lugar de cosas desecantes y conservativas, que llaman cefálicas como sus *polvos magistrales*, el óleo benedito que llaman de Aparicio y otras cosas propias para levantar huesos y sacar materias y humores con lenidad suma", con lo cual logró tantas curas que bravo ó jaque herido en Sevilla, aunque tuviese todos los huesos quebrados, decía lleno de fe: Encomiéndenme á Dios y al doctor Hidalgo... porque todo lo sanaba con suavidad y tiento. Hay allí frailes de ojos bajos y de salientes quijadas, como el padre maestro Juan Farfán, el cual evangelizó desde el púlpito á la estragada y corrompida Sevilla y en sus ratos de ocio supo darle á la pluma satírica con tanto aire y desaprensión como demuestra aquel soneto suyo casi desconocido. *A un cornudo*, que empieza

Oh, carnero muy manso, oh buey hermoso,  
asno trabajador siempre contento,  
de tu mujer frazada y paramento,  
mastín blando al que viene deseoso...

Hay pintores correctos, amañados, para quienes el arte de la composición era una parte de la Teología dogmática y el del colorido un estudio pendiente del de la Liturgia, como el racionero Pablo de Céspedes, cuyos insoportables cuadros en Sevilla existentes son el prelude de toda la pintura académica, fría y razonadora del siglo XVIII, y de la primera mitad del XIX (si en esta época se puede llamar pintura á lo que no es Goya), es decir, que marcan, por caso maravilloso, una decadencia anterior á la prosperidad y al florecimiento. Hay jesuitas lacios, chupados, lamidos y pálidos, agudos, ojerosos, ojiclaros, fríos, viscosos, como el P. Luis del Alcázar, fino y sagaz personaje que vemos aparecer en esta obra acedando y amargando la alegría de los demás. Hay sabios ar-

queólogos y amantes de las antiguallas, como el maestro Francisco de Medina, catedrático de Osuna y secretario del cardenal Castro, y otros coleccionistas y dueños de Museos y Bibliotecas como el alférez mayor de Andalucía, ingenioso analista, historiador, bibliófilo y hombre de mundo, Gonzalo Argote de Molina. Hay monstruos de la sabiduría como el gran Benito Arias Montano, y de la elocuencia como Fray Luis de Granada, junto á poetas é historiadores cortesanos, como Gutierre de Cetina, y Cristóbal Moxquera de Figueroa. No falta el burgués enriquecido que sabe hermanar la administración con el trato de las regocijadas musas, como el gran Baltasar del Alcázar, servidor ó mayordomo del duque de Alcalá en los Molares, gran conocedor de las virtudes de piedras, hierbas y metales y famoso por la *Cena* y por el *Diálogo de Borondanga y Handrajuelo*; ni su hermano Melchor del Alcázar, alcaide de los Reales Alcázares de Sevilla.

Esta mezcla de burgueses y aristócratas, frailes y gentes de orden, amigas de que se ahorque á quien deba ser ahorcado y de que se conserven los tesoros de la antigüedad y los buenos puestos y prebendas de la edad presente, ¿cabe dudar que es una Academia sesuda, reposada, conservadora, llena de esa apacible y grata serenidad que embellece y ennoblece las senectudes fecundas y justifica las estériles?

Todos estos sujetos son afables, sosegados, y si se les ocurre alguna picardigüela, comunicanla en secreto de boca á oreja, rienla brevemente y con cierto diapasón, y luego vuelven á quedar graves. Como pidiendo perdón, sin biografía al pie, sin nombre siquiera, se ha deslizado en el libro un caballero de Santiago, de ganchudos bigotes, de ojos parlanchines, de enormes lentes redondos. Le conocéis al punto, pero el autor, el prudente y mesurado Pacheco no ha querido apuntar su nombre: es D. Francisco Gómez de Quevedo. Por aquellas páginas anda también otra figura aguda, iluminada con una risilla de conejo: al pie lleva el nombre, pero no la biografía. Es Juan Sáez de Zumeta. Se echa de menos entre los *verdaderos retratos*, el del caballero de la Reina, D. Juan de Jáuregui, á quien, sin duda, no pintó Pacheco por ser del oficio: falta el retrato del gran poeta sevillano Juan

de la Cueva de Garoza. Faltan, por fin, el retrato de Vicente Espinel y la efigie de Miguel de Cervantes.

¿Qué significa esto? Significa, á mi entender, que Cervantes perteneció desde luego á la casta de los satíricos, de los independientes, de los pobres, de los antiburgueses, de los contra-académicos. Puede ser que conociera y tratara á algunos, quizás á muchos de los sensatos y serenos varones á quienes Pacheco retrató; pero de seguro que ni le entendieron bien (aparte que muchos eran ya viejos por entonces) ni él los apreció, acaso porque no eran muy apreciables. Miguel, en estos años en que no tuvo oficio ni ocupación constante, como en los anteriores, era poco más que un vagabundo, era siempre un necesitado, un menesteroso.

Miguel andaba por las calles, por el Arenal de Sevilla, con las manos ociosas, el estómago vacío y la imponente máquina del *Quijote* en la cabeza. Y no sólo pensaba en el *Quijote*, pues de seguro algunas novelas ejemplares (señaladamente *Rinconete y Cortadillo*, *La española inglesa*, *El celoso extremeño* y quizás *Las dos doncellas*) las compuso en este tiempo. De ellas y de la parte del *Quijote* que iba componiendo leía trozos á escritores y no escritores amigos suyos. El primero de sus oyentes y admiradores fué quizás el graciosísimo, el experto, el sabio y simpático representante Agustín de Rojas Villandrando, cuyo genial humanísimo y cuyo amor á la vida le cayeron muy en gracia á Miguel. Entonces se le aficionó, y de seguro hubo de prestarle ayuda, un caballero toledano, algo emparentado con la casa de Alba, el cual se llamaba D. Fernando Alvarez de Toledo, señor de Higuera, pariente asimismo del duque de Lerma, con quien no andaba en mucha armonía. En aquellos días cultivó también Cervantes el trato de su antiguo conocido el licenciado Francisco Porras de la Cámara, á quien leyó sus obras, con gran contento de ambos, y entonces, ó poco después, conoció á un tal López del Valle, algo poeta, contador de la casa ducal de Béjar y amigo del poeta Pedro de Espinosa.

Con estas amistades, que conoció serle útiles, el porvenir iba abriéndose ante los ojos de Miguel. En Febrero de 1599 sabemos

que se hallaba en relaciones de dinero, con su pariente D. Juan Cervantes de Salazar, hijo ó sobrino del gran filósofo Francisco Cervantes de Salazar, continuador del *Diálogo de la dignidad del hombre*, que escribió el maestro Pérez de Oliva. D. Juan Cervantes de Salazar, que era también poeta muy tierno y exquisito, por cierto, debía á Miguel noventa ducados, y se los pagó en aquella fecha. Había, pues, en la misma familia de Miguel quien necesitaba del auxilio del Ingenioso Hidalgo.

De su mujer y hermanas poco sabía, ni ellas debían de acongojarse gran cosa por lo que pudiera sucederle. Miguel se sentía y se encontraba solo ya en el mundo, y por eso se le ve rebuscando asideros para salir adelante, procurando halagar á los caballeros nobles, como el señor de Higuera y el joven duque de Béjar, intentando lograr, por Porras de la Cámara, el amparo de la Iglesia, cada vez más poderosa, en particular (y piensen en esto lo que quieran los historiadores miopes) desde que, muerto Felipe II, faltó al Poder civil una mano fuerte y decidida que reprimiese los crecimientos y demasías del Poder eclesiástico. Miguel entonces, mientras azotaba las calles de Sevilla buscando una combinación como el trato con el galletero Pedro de Rivas, ú otros semejantes para ganar el sustento, recordaba con nostálgica pesadumbre la abundancia del Vaticano, en que algunos meses vivió, la esplendidez y boato de aquellos Aquaviva y aquellos Colonna, á quienes rehuyó cuando joven. Veía, por otra parte, á todos los señorones á quienes conocemos por el libro de los retratos, tan lucios, llenos y felices por haberse acogido al gremio y acorro de la Iglesia, ó por hallarse con ella en excelentísimas relaciones.

Los tiempos iban cambiando. Felipe II había sido un hombre capaz de afrontar las iras de los Papas y de las demás naciones católicas: gran pecador, la varonil entereza que heredó de su padre y que en él se ofrecía entreverada de apocamientos y desmayos, hijos del alma amorosa y débil de su madre, lograba sobreponerse en los casos de apuro, y dominándose á sí mismo, dominaba á los demás.

Su hijo Felipe III era, en cambio, todo blandura linfática: